

## **INTRODUCCION A LA CERAMICA POPULAR DE LA RIOJA: SUS ALFARES.**

**Enrique Martínez Glera\***

No resulta fácil trazar las líneas maestras que configuren el “corpus” de la cerámica popular de La Rioja, y no es fácil porque, todavía hoy, carecemos de estudios elementales sobre esta materia.

Es verdaderamente desolador observar cómo, frente a otras regiones que preocupadas por recuperar su propia y diferenciada cultura han publicado magníficos y extensos trabajos sobre una de las manifestaciones creativas más fuertemente ligada al acontecer humano: la cerámica, aquí todo ha quedado reducido a un folleto sobre la cerámica de Navarrete<sup>1</sup>, a pequeñas referencias que podemos encontrar en libros de carácter general (así las diferentes “Guías” de los alfares de nuestro País, con más errores que aciertos en lo que a nuestra Comunidad se refiere) y a unas exposiciones que, por incompletas, no pueden mostrar el verdadero valor de la alfarería de esta tierra.

No deja de ser sorprendente que nuestra alfarería despierte más interés fuera de nuestras fronteras que en nuestra región; así, por ejemplo, entre los amantes de la cerámica catalanes goza de gran prestigio, tanto que se han realizado algunas exposiciones-venta con piezas de esta región, llegando incluso a publicarse (en catalán, naturalmente) un libro sobre la alfarería en el Valle del Ebro con los correspondientes comentarios sobre nuestros alfares, no demasiado precisos en ocasiones, pero que no fueron obstáculo para que junto a cerámicas de reconocido interés como la vasca, la aragonesa o la misma catalana, en esa exposición que dió origen al citado libro, fuese la

\* Profesor-Tutor de H.<sup>a</sup> del Arte en el Centro Asociado de la U.N.E.D. en La Rioja.

1. SANCHEZ TRUJILLANO, M<sup>a</sup> Teresa: La cerámica de Navarrete. Logroño. Comunidad Autónoma de La Rioja, 1983.

cerámica de La Rioja (y más concretamente la de los desaparecidos alfares de Arnedo) la más celebrada, erigiéndose por su originalidad en la pieza reina y de mayor precio una aceitera arnedara que se creía inédita.

Pero todo esto, y algo más que se podría añadir, no son sino anécdotas que ya han pasado y en nuestra biblioteca el hueco correspondiente a la alfarería sigue vacío.

Esta comunicación no contribuirá demasiado, desde luego, a llenar ese hueco, ya que resultaría ridículo e inadecuado tratar de condensar en unos escasos folios una labor de años. Y es que para poder escribir sobre alfarería, en primer lugar, hay que vivirla, pues de poco nos han de servir los datos documentales si no apreciamos cada “pieza”, cada cacharro, hecho por nuestros alfareros.

Durante muchos años he estado viendo cómo esas “piezas” irrepetibles se han deteriorado, se han perdido, sin que la sensibilidad popular –no sé si existe– se haya inmutado; los organismos oficiales no han ido mucho más lejos: ya quedan referidas esas incompletas exposiciones y ahora añadiré en lo tocante a las nefastas ferias de cerámica organizadas en esta ciudad que, lejos de promocionar esas artísticas labores tradicionales alfareras, se han limitado a un confuso comercio de esas nuevas tendencias llamadas “creativas”, como si lo popular de siempre no lo fuese.

Así, pues, estoy hablando de la necesidad, cada vez más urgente, de recuperar por medio de la cerámica parte de nuestra historia, y no pido su protección porque lo que tenía de fundamental se ha perdido irremisiblemente.

No nos duela reconocer que la labor actual de Navarrete, el último de los centros riojanos en activo, cada vez se aparta más de lo tradicional, ya que las piezas que salen de sus alfares, perdida la finalidad utilitaria y llevados de esa necesidad de comercialidad y decorativismo, han sido modificadas tanto en lo material –el barro– como en la forma.

Tomemos como muestra una de las piezas más llamativas de la producción navarreteña: el “cántaro aplastado”. Si estudiamos dos ejemplares, uno antiguo y otro actual, lo primero que salta a la vista es precisamente la forma mucho más aplastada y ancha en el cántaro de hoy, y si eso es así, lo es en gran medida por la calidad del barro empleado en su ejecución. Hoy el barro lo traen de Esparraguera (Barcelona) y una de sus características es la plasticidad, es un barro muy elaborado y de gran suavidad, esto permite “estirarlo” hasta extremos imposibles de alcanzar con un barro mucho más tosco y fuerte como es el de Navarrete. De paso, y debido a que se trae el barro de fuera; se ha perdido, en buena parte, el saber elaborar el barro autóctono que daba a las piezas ese carácter mucho más fuerte de las formas rotundas. No pasaremos por alto la diferencia de color, ni la textura, sin hablar, claro está, del contraste de los barnices.

Por otra parte, la producción de “piezas vascas” –blancas–, tan celebradas por el público, poco tiene que ver con los cacharros que vieron nuestros abuelos, a pesar de la opinión sostenida por los mismos alfareros de que en Navarrete ya se vidriaba en blanco desde, por lo menos, “hace cien años”.

Si observamos el tipo de producción actual, en seguida echamos en falta la elaboración de sus afamadas tinajas (las pocas que van quedando parecen estar destinadas, al igual que las demás, a cruzar fronteras), asimismo nos sorprenderá que no se trabaje el cántaro grande para agua, los barreños, terrizos, etc. y es que sucede lo mismo que con las tinajas: el costo de hacerlas hoy sería tan elevado que no tendría sentido, no se está preparado para este tipo de piezas, los hornos no son capaces y el material y el tiempo empleados las haría nada rentables, aparte de que su finalidad de uso sería casi nula.

Queda por añadir un factor de gran importancia a la hora de configurar definitivamente una pieza: el uso. El desgaste continuado y natural hace que la pieza adquiera una coloración especial, una textura más suave, unas formas más redondeadas (desaparecen las pequeñas aristas que tuvo en su origen), una irregularidad propia, y son esas huellas de uso las que la van a diferenciar de las producciones actuales, a pesar de que éstas puedan ser sometidas a todo tipo de manejos en ese afán de imitación de lo antiguo (se liman las bases para redondearlas, se entierran los cacharros para simular ese uso que les falta, se les baña si no en nogalina, se enceran, incluso se puede llegar a craquelarlos artificialmente).

Hasta ahora, con las noticias recogidas, no nos es posible seguir una línea histórica coherente. En estos casos de verdadera penuria, las piezas, cuando se encuentran, nos hablan con mayor fuerza que los pocos documentos que poseemos o que los vagos recuerdos de las gentes, que vieron estos “cacharros” como objetos de lo más vulgar.

Si nos atenemos a los nombres de las localidades riojanas citados en la revista *Narria*<sup>2</sup>, en el comentado libro de “La terrissa de les Terres de l’Ebre”<sup>3</sup>, o en lo escrito por la directora del Museo de La Rioja como presentación de una de las exposiciones realizadas en ese museo<sup>4</sup>, tendríamos hasta catorce nombres de antiguos centros alfareros: Santurde, Ojacastro, Haro, Fuenmayor, Navarrete, Logroño, Torrecilla en Cameros, Lumbreras, Soto de Cameros, Laguna de Cameros, Calahorra, Arnedo, Alfaro y Cervera.

2. ELIAS PASTOR, Luis Vicente: *El Museo Etnográfico de La Rioja*. *Narria*, 10. Madrid. Universidad Autónoma, 1978; 2-5.
3. SEMPERE, Emili: *La terrissa de les terres de l’Ebre de la Mediterrània al Cantabria*. Barcelona. E. Sempere, 1982; 53-54.
4. SANCHEZ TRUJILLANO, M.<sup>a</sup> Teresa: *Op. cit.*

Todavía se pueden añadir algunos más si consultamos en el Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de Pascual Madoz<sup>5</sup>, así: Alesón, Tudeli-lla, Uruñuela, Albelda y Matute.

Si rebuscamos en los archivos, llegaremos a saber de la existencia de olleros en Nájera y Santo Domingo de la Calzada.

Podríamos del mismo modo rastrear la presencia de alfarerías por el nombre de las calles de nuestros pueblos y, así, tendríamos que sumar a la larga lista: Nalda, Cárdenas y Autol, sin contar, claro está, los nombres relacionados con el oficio de tejero, tan numerosos que no parece haber pueblo donde no se localice calle, era o término que no lleve un nombre que haga referencia a este oficio.

Por otras noticias sabemos de la actividad alfarera en Herce (los famosos tinajeros) y en Bañares. Aún podría añadir algún centro más si tuviese por ciertas algunas noticias recogidas oralmente, pero prefiero contrastarlas hasta donde sea posible antes que citar erróneamente el lugar.

Como puede comprobarse, la primera de las cifras citadas, catorce centros, se ha visto incrementada en doce más. No deja de ser sorprendente, a primera vista, tanto centro para una región tan pequeña, eso sin tener en cuenta los cercanos alfares de las vecinas provincias.

Las preguntas se hacen inevitables: ¿Cuándo funcionaron estos alfares?, ¿cuántos tuvieron actividad al mismo tiempo?, ¿qué tipo de producción hacían?, etc.

La primera labor ha de ser delimitar tanto en el tiempo como en el espacio la actividad de estos centros. Hasta ahora nada se ha hecho en este sentido, como tampoco en la definición de los “tipos” de piezas cerámicas que han producido: alfarería de “agua” (cántaros, terrizos, tinajas...), de “fuego” (piezas vidriadas dedicadas al uso doméstico, -Ollería-), o cerámica decorada (vajilla, loza, azulejería, etc.).

Los documentos de archivo nos darán, esperemos, las pistas suficientes para establecer ese escalonamiento en el tiempo; ya hemos tenido la oportunidad de comprobar la existencia de interesantes noticias que en un estudio más amplio ayudarán a aclarar el panorama. Como ejemplo encontramos una escritura de 1667 en la que Joseph González Balza, “Maestro ollero” de la ciudad de Logroño, contrata con el síndico del convento de San Francisco extramuros, Don Francisco Balthassar de Menaute, hacer los azulejos necesarios para cubrir las paredes del refectorio “hasta la altura de una bara”, de acuerdo a las condiciones declaradas. Supongo que estos azulejos

5. MADDOZ, Pascual: Diccionario Geográfico-Estadístico Histórico de España y sus posesiones de Ultramar. Logroño. Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de La Rioja, 1985.

fueron hechos al estilo talaverano, cerámica ésta que se cita en los inventarios como de gran valor.

Como puede verse, esta noticia es de gran interés, pues en cierta medida habrá que variar la idea de que en La Rioja sólo se ha producido alfarería de uso.

Por otra parte, la designación de “ollero” no viene a significar exclusivamente “hacedor de ollas”, sino que abarca un campo más amplio que habrá que tener en cuenta.

A lo largo de este estudio de los alfares riojanos se van a plantear cuestiones tan curiosas como las diferentes tipologías de los cántaros producidos en Navarrete que, respondiendo principalmente a la necesidad de ampliación del mercado, va a adaptar sus formas al gusto de su clientela. Y así podemos diferenciar los cántaros hechos para la zona de Cameros, los destinados a La Rioja Alta, a La Baja, a la Ribera Navarra o a zonas más conflictivas como las de Estella, Marañón, o al mismo Haro.

Será curioso también intentar aclarar esa extraña relación, si es que la hay, entre las piezas salidas de los alfares arnedanos y la producción del centro alfarero de Lumbier (Navarra), o el no menos sugestivo posible contacto de las escasas piezas que quedan de Los Cameros con las aragonesas de las estribaciones del Moncayo, sin olvidar, naturalmente, la polémica del uso del vidriado estannífero en la zona de Fuenmayor, Haro e incluso Navarrete, antes o después de la influencia de los alfares vascos.

Estos y otros muchos más problemas van a configurar ese “corpus” que decíamos al principio.

Es muy desazonador que, junto a ese abultado número de centros alfareros que conocemos, existan piezas catalogadas con la frase “procedencia desconocida”. Sólo un profundo estudio de las formas, los vidriados, los sistemas de elaboración, la tierra empleada, etc., nos puede orientar para determinar si pertenecen o no a un alfar concreto. Una de las zonas más necesitada de este tipo de estudio la encontramos en Santo Domingo de la Calzada y alrededores; es verdaderamente conflictivo atribuir la procedencia de determinadas piezas a alfareros de esta ciudad sin tener la sospecha de que también podrían pertenecer a los alfares de Belorado o del mismo Haro.

Hablar de la diversa tipología de los “cacharros” nos llevaría mucho tiempo dado el elevado número de variantes, algunas muy curiosas. Tenemos aquí esta olla perteneciente a los alfares de Arnedo, conocida como “olla de brujería” u “olla de conjuros”, que parece pertenecer más a la leyenda que a la realidad. La extraña decoración de cabezas de “diablo” y pájaros de alas abiertas, además de las sucesivas fajas con incisiones zigzagueantes, ha podido ser la causa de este nombre. Existe otra olla con esta misma denominación en el Museo Provincial, también con extraña decora-

ción de cabezas. Si nos dejásemos llevar de la imaginación, tendríamos que pensar que estas piezas estaban destinadas a contener pócimas y ungüentos de fantásticos aquelarres, pero, si tenemos en cuenta que este mismo tipo de decoración aparece también en unos recipientes que sin duda se han empleado como “tiestos”, la teoría puede quedar en entredicho.

Estas y otras novedades aparecerán al estudiar la alfarería en La Rioja, dado que no es posible concretar aquí ningún aspecto, dejo el tema para una más amplia investigación, ya que el interés de estos alfares queda suficientemente probado.



“Orza” de los alfares de Arnedo. Obsérvase forma parecida a dos troncos de cono unidos por su base. Decoración incisa en zig zag. Vidriado melado. Característica de toda cerámica es su gran peso.



“Medida para leche”. Reproducción de una antigua y única medida de leche, realizada por Antonio Naharro, alfarero de Navarrete.

